

apoyó cuidadosamente la cabeza en su hombro derecho y continuó bajando por la alcantarilla.

El albañal grande, dirigido según el *thalweg* del valle del Menilmontant, tiene cerca de dos leguas de largo y está embaldosado en mucha parte de su trayecto.

La antorcha del nombre de las calles de París con que mostramos al lector la marcha subterránea de Juan Valjean, no la poseía éste. No sabía ni la zona de la ciudad que atravesaba, ni el camino que había andado. Sólo por la palidez creciente de los rayos de luz que de tiempo en tiempo le alumbraban, venía en conocimiento de que el sol se retiraba del empedrado y de que el día no tardaría en declinar. Además, como el ruido de los carruajes era cada vez menos perceptible y luego cesó casi, dedujo de ahí que no estaba ya debajo del París central y que se acercaba á alguna región solitaria, próxima á los boulevares exteriores ó á los últimos muelles. Donde hay menos casas y calles, el albañal tiene menos respiraderos. Condensábase la obscuridad al rededor de Juan Valjean; pero así y todo, siguió avanzando á tientas en la sombra.

Repentinamente aquella sombra tomó un carácter terrible.

V

DE CÓMO CIERTA CLASE DE FINURA, ASÍ EN LA ARENA
COMO EN LA MUJER, ES PÉRFIDA

Juan Valjean conoció que entraba en el agua y que tenía debajo de los piés, no baldosas, sino cieno.

Sucede á veces, en ciertas costas de Bretaña ó de Escocia, que un hombre, viajero ó pescador, caminando durante la marea baja por el arenal á alguna distancia de la orilla, nota de improviso que hace rato anda penosamente. La playa está como resinosa; pégase á ella la suela de los zapatos; no parece arena, sino liga. La arena no presenta señal de humedad y, sin embargo, á cada paso, desde que ha levantado el pie, el hueco que deja se llena de agua.

Por lo demás, la vista no ha advertido ningún cambio. La inmensa playa está tranquila; la arena conserva el mismo aspecto; nada distingue el suelo sólido del no sólido; la alegre nubecilla de los pulgones de mar continúa saltando tumultuosamente sobre los piés del transeunte.

El hombre sigue su camino, siempre hacia adelante, pisando con fuerza y procurando acercarse á la costa. No está inquieto. ¿Por qué ha de estarlo? Sólo siente como si la pesadez de sus piés se aumentase á cada paso que da. De repente se hunde... dos

ó tres pulgadas. Es que no va por el buen camino. Se detiene para orientarse. Se mira los piés: los piés han desaparecido bajo la arena. Sácalos, quiere retroceder, retrocede y se hunde más. La arena le llega al tobillo. Con un esfuerzo se arranca de allí y se dirige á la izquierda; la arena le llega á media pierna. Con otro esfuerzo se dirige á la derecha; la arena le llega á las corvas. Entonces conoce con indecible terror que se ha metido en un arenal movedizo, en ese medio espantoso donde no puede caminar el hombre ni nadar el pez. Si lleva alguna carga la arroja, como el buque cuando le acosa alguna tormenta; pero ya no es tiempo; la arena le pasa de las rodillas.

Llama, agita el sombrero ó el pañuelo; la arena sube más cada vez. Si el arenal está desierto, si la tierra se halla demasiado distante, si el banco de arena con su mala fama ahuyenta á los transeúntes, si no hay héroes en los alrededores, se acabó, queda sepultado en vida. Vese condenado á ese espantoso hundimiento largo, infalible, implacable, imposible de retardar ni de apresurar, que dura algunas horas, que no acaba; que le coge de pie, libre, en completa salud y tira de él hacia abajo; que á cada esfuerzo que hace, á cada grito que lanza, le atrae á sí un poco más; que parece castigar su resistencia aumentando la presión; que le introduce lentamente en la tierra, dejándole tiempo sobrado para mirar el horizonte, los árboles, la verde campiña, el humo de las aldeas en la llanura, las velas de los buques en el mar, los pájaros que vuelan y que cantan, el sol, el cielo. Esta clase de hundimiento es el sepulcro convertido en marea, que sube desde el fondo de la tierra hacia un ser vivo. Cada minuto es una sepultura inexorable. El desdichado trata de sentarse, de echarse, de arrastrarse, y estos varios movimientos ayudan á enterrarle más pronto. Incorpórase y se

hunde; se siente bajar... Grita, implora, se tuerce los brazos, se desespera. La arena le llega al vientre; la arena le llega al pecho; es un busto. Eleva las manos, lanza gemidos furiosos, encaja las uñas en el suelo como para asirse de aquella ceniza, se apoya en los codos, queriendo librarse de aquel estuche resbaladizo, solloza frenéticamente; la arena sube siempre. Le llega á los hombros, luego al pescuezo; no se le ve ya más que el rostro. Su boca se abre para gritar y llénase de arena. Silencio. Aún miran los ojos y la arena los ciega. Noche. Después la frente va decreciendo; un resto de cabellos se estremece sobre la arena; sale una mano, escarba la superficie, se agita y desaparece. Siniestro eclipse de un hombre.

A veces el jinete se hunde con el caballo ó el carretero con su vehículo; todo zozobra allí. Es el naufragio fuera del agua. Es la tierra ahogando al hombre. La tierra penetrada por el Océano, se convierte en lazo. Ofrécese á la vista como una llanura y se abre como la ola. El abismo tiene traiciones de este género.

La fúnebre aventura que antecede, siempre posible en tal ó cual playa del mar, lo era también, hace treinta años, en la alcantarilla de París.

Antes de los importantes trabajos empezados en 1833, el muladar subterráneo de París estaba expuesto á hundimientos repentinos.

Infiltrábase el agua en ciertos terrenos subyacentes y en sumo grado desmoronables; el zampeado, fuese de baldosa, como en las alcantarillas antiguas, ó de cal hidráulica y hormigón, como en las galerías modernas, careciendo ya de punto de apoyo, cedía; y en un piso de esta clase, ceder es rajarse, es hundirse. El zampeado desaparecía en cierta extensión. La grieta que se formaba, boca de un abismo de cieno, tenía, en el lenguaje técnico, el nombre de

fontis (hundimiento). ¿Qué viene á ser un *fontis*? Es la arena movediza de las orillas del mar que se encuentra de repente debajo de la tierra; es el arenal del monte de San Miguel en una alcantarilla. El suelo humedecido está como en fusión; todas sus moléculas se encuentran suspendidas en un medio blanco; ni es tierra, ni es agua. La profundidad suele ser muy grande y nada hay más terrible que semejante encuentro. Si el agua domina, la muerte es rápida á causa de la inmersión; si domina la tierra, la muerte es lenta, verificándose por hundimiento.

¿Concíbese el horror de una muerte por el estilo? Si desaparecer es espantoso en la arena del mar, ¿qué será en la cloaca? En lugar del aire libre, de la claridad del día, del brillante horizonte, del ruido, de esas nubes que esparcen la vida, de esos barcos que se ven de lejos, de la esperanza bajo todas las formas, de los transeuntes probables, del socorro posible hasta el postrer minuto; en lugar de todo esto, la sordera, la ceguera, una bóveda negra, una fosa ya abierta, la muerte en el fango bajo una tapa, la sofocación lenta por la inmundicia, una caja de piedra donde la asfixia os coge con su garra de cieno, la fetidez mezclada al estertor, el légamo en vez de la arena, el hidrógeno sulfúreo en vez del huracán, la basura en vez del Océano. ¡Y el tormento de llamar, de rechinar los dientes, de torcerse, de agitarse, de agonizar, con esa enorme ciudad encima, ajena á todo!

¡No cabe horror que supere al de morir así! La muerte halla á veces compensación de su atrocidad en cierta dignidad terrible. Se puede ser grande en la hoguera y en el naufragio; es posible una actitud sublime, así en medio de las llamas como en medio de las olas; allí, al abismarse, hay transfiguración.

Aquí, no. Aquí la muerte es sucia. Humilla el espirar. Las supremas visiones flotantes son abyectas. El lodo es sinónimo de vergüenza. Es pequeño, feo, infame. Morir en un tonel de malvasía, como Clarence, pase; pero morir en la fosa del pocero, como Escoubleau, ¡ah! es horrible. Agonizar en el cieno, ¡qué asco! Al mismo tiempo que se muere, se chapotea. Hay tinieblas bastantes para figurarse el infierno y fango de sobra para figurarse un lodazal; de suerte que el moribundo no sabe si va á convertirse en espectro ó en sapo.

En las demás partes, el sepulcro es siniestro; aquí es disforme.

La profundidad de los hundimientos variaba, como también su longitud y densidad, en razón de la más ó menos calidad del terreno. Ora tenía tres ó cuatro piés de profundidad, ora ocho ó diez, ora no se encontraba el fondo. Unas veces el fango era casi sólido, otras casi líquido. En el hundimiento de Lunière, un hombre hubiera tardado un día en desaparecer, mientras que habría sido devorado en cinco minutos por el lodazal de Phelippeaux. El fango sostiene más ó menos, según es más ó menos denso. Un niño se salva donde un hombre se pierde. La primera ley de salvación es despojarse de toda clase de carga. El pocero que sentía ceder el suelo bajo sus piés, arrojaba el saco con las herramientas de oficio, ó la banasta, ó el cubo.

Los *fontis* provenían de diferentes causas: friabilidad del suelo; algún derrumbamiento á una profundidad fuera del alcance del hombre; los violentos chaparrones del verano; la oleada incesante del invierno; la lluvia menuda y continua. El peso de las casas vecinas en un terreno margoso ó arenoso hacía ladearse las bóvedas de las galerías subterráneas, ó bien sucedía que el zampeado estallaba y se abría

con el terrible empuje. De este modo, el aplana-
miento del Panteón destruyó, hace un siglo, parte de
las bóvedas de la montaña de Santa Genoveva.

Cuando una alcantarilla se hundía bajo la pre-
sión de las casas, el desorden, en ciertas ocasiones,
subía á la calle por una especie de grietas, como
dientes de sierra entre los adoquines; grietas que
formaban una línea serpenteante en toda la longitud
de la bóveda hendida.

Acontecía á menudo que el destrozo interior no
se revelaba por ninguna hendidura exterior. Enton-
cés, ¡pobres poceros!; porque entrando sin precau-
ción en la alcantarilla, estaban expuestos á eclipsar-
se.

Los antiguos registros hacen mención de algunos
eclipses de esta clase y hasta citan los nombres de
las víctimas; entre otros, el del pocero que desapa-
reció en el hundimiento debajo de la calle de Carè-
me-Prenant, llamado Blas Poutrain, hermano de
Nicolás Poutrain, el último sepulturero del cemen-
terio conocido por el Osario de los inocentes en 1785,
época en que este cementerio tuvo fin.

Sucedió una cosa análoga al joven y elegante viz-
conde de Escoubleau, citado antes, que fué uno de los
héroes en el sitio de Lérida, donde se dió el asalto, con
medias de seda y una banda de violines á la cabeza.
Escoubleau, sorprendido una noche en casa de su
prima, la duquesa de Sourdis, se ahogó en el hun-
dimiento de la alcantarilla de Bautreillis, donde se
había refugiado, huyendo del duque. La señora de
Sourdis, cuando le contaron esta muerte, pidió su
pomito y se olvidó de llorar á fuerza de respirar
sales. En tales casos no hay amor que resista el
aliento de la cloaca. Hero se niega á lavar el cadáver
de Leandro. Tisbe se tapa la nariz delante de Pira-
mo y dice:—¡Puf!

VI

EL CENAGAL

Encontrábase Juan Valjean junto á un abismo
de cieno.

Esta clase de derrumbamientos eran entonces muy
frecuentes en la alcantarilla de los Campos Eliseos,
que se sometía con dificultad á los trabajos hidráu-
licos y conservaba poco las construcciones subterrá-
neas, por la excesiva fluidez del suelo. Esta fluidez
deja atrás la inconsistencia de las arenas mismas del
barrio de San Jorge, que han necesitado cimientos
de roca en hormigón, y de las capas gredosas infec-
tadas por el gas del barrio de los Mártires; tan líqui-
das que no han podido pasarse por debajo de la
galería del mismo nombre, sino mediante un tubo
de fundición.

Cuando en 1836 se demolió en el arrabal de San
Honorato, para volverse á construir, la antigua alcan-
tarilla de piedra, donde vemos ahora á Juan Valjean,
la arena movediza que constituye el suelo interior de
los Campos Eliseos hasta el Sena, se opuso é hizo
durar la operación seis meses, con gran escándalo
de los ribereños, sobre todo de los ribereños que
tienen palacios y carruajes. Las obras, además de
difíciles, fueron peligrosas; aunque es verdad que